



www.loqueleo.com/es

© 2011, Jorge Gamero

© De esta edición:

2018, Santillana Infantil y Juvenil, S. L.

Avenida de los Artesanos, 6. 28760 Tres Cantos (Madrid)

Teléfono: 91 744 90 60

ISBN: 978-84-9122-060-2

Depósito legal: M-37.942-2015

Printed in Spain - Impreso en España

Tercera edición: septiembre de 2018

Directora de la colección:

Maite Malagón

Editora ejecutiva:

Yolanda Caja

Dirección de arte:

José Crespo y Rosa Marín

Proyecto gráfico:

Marisol del Burgo, Rubén Chumillas, Rosa Marín, Julia Ortega

y Álvaro Recuenco

Cualquier forma de reproducción, distribución,
comunicación pública o transformación de esta obra
solo puede ser realizada con la autorización de sus titulares,
salvo excepción prevista por la ley. Diríjase a CEDRO
(Centro Español de Derechos Reprográficos, www.cedro.org)
si necesita fotocopiar o escanear algún fragmento de esta obra.

Jorge Gamero

Simón, no; Saimon

loqueleg

Primera parte

Ser profesor

Ser profesor era cada vez más difícil. Entraba en clase y tardaba más de diez minutos en imponer un mínimo de orden y silencio. Quedarse unos momentos callado frente al grupo a esperar si dejaban de hablar ya no servía de nada.

—Eh, chssss, ¿qué tal el finde? ¿Te comiste algo?

—¡Qué va, tío! Es una mierda eso del horario joven de la disco. Hasta las once o las doce no te da tiempo de nada...

—Yo me fui después a casa de Sebas, no veas, había tías de bachi...

Hasta que Ángel no tenía más remedio que imponer, triste verbo, el silencio necesario para empezar su clase.

—Bueno, chicos, ¿cuándo creéis que podemos empezar la clase? Tenéis tiempo en el recreo para contaros el fin de semana. Tú, Dani, apaga el teléfono inmediatamente. Venga, silencio. ¡Por favor!

Algunos pocos alumnos de la primera fila mostraban algo de interés y lo miraban con un gesto de resignación ante sus dificultades para convencer a los demás de que

dejaran de incordiar. El resto murmuraba desde la retaguardia.

—Ya está el Angelito... que si solo nos interesa la fiesta...

—No, si te parece nos va a interesar más la Primera Guerra Mundial...

—¡Qué plasta de tío!

10 Cuando terminaba la hora de clase, cinco minutos antes de lo debido con la misma algarabía y el barullo del inicio, Ángel se hacía una vez más la misma pregunta: qué hacer para que les pudiera interesar su asignatura. Reconocía no haber transmitido los contenidos mínimos exigidos en los planes de estudios y se sentía víctima y cómplice de un fraude profesional.

Podía resignarse, tirar la toalla, dar el partido por perdido cuando aún queda tiempo por delante. O mirar para otro lado y dejarse llevar por la indiferencia, vacunarse con ella frente a la desilusión. Pero algo se lo impedía, era incapaz de engañarse a sí mismo. Pero sus alumnos se lo ponían muy difícil.

—¿Has visto cómo venía hoy de *motivao* el profe...?

—Dice que hará lo que haga falta para que nos interese la Historia...

—No le quedan *sopas*...

Y no solo estaba la desmotivación de los alumnos, la dejadez de la Administración o la desorientación de sus colegas profesores y de él mismo, a Ángel también le sacaba de quicio la opinión de algunos sectores de la sociedad sobre su profesión. La gente que pensaba que ellos trabajaban poco, que vivían muy bien, que tenían demasiadas

vacaciones y que cobraban mucho dinero. Siempre eran los mismos, los que caían en la crítica fácil y achacaban a los profesores el creciente fracaso escolar, sin mirarse a sí mismos, a los medios de comunicación, al cambio de valores, la cultura del pelotazo en lugar de la del esfuerzo. Los mismos que, quizás sin saberlo, ponían a los chicos como víctimas del sistema educativo.

A veces, a la hora de la salida, en hora punta, tenían que abrirse camino entre aquellos alumnos gallitos y desafiantes que esperaban un poco para retar a algún alumno novato, o más débil, o a algún profesor al que le tuvieran tirria, con la supuesta impunidad que les otorgaba el estar fuera de clase.

—Deja pasar al profe, *tontolaba*... —le decía alguien a algún compañero que estiraba las piernas obstaculizando el pasillo de salida—, o te va a poner un parte...

—Venga, id hacia casa que seguro que tenéis deberes —decía el profesor en cuestión.

—Deberes —decían entre dientes y por lo bajo—, siempre con los deberes, a tomar por saco, vamos a echar unos partidos con la Play...

—Yo no, tío, ayer mi madre me castigó sin Internet y seguro que tengo mogollón de notificaciones en el *feisbuc*...

Apenas llevaban un mes y medio de curso cuando Ángel, una de esas muchas tardes en que se sentaba con César en el Truman, un pequeño y acogedor bar del pueblo, a tomar un café o unas cervezas, dependía del estado de ánimo, le confesó por primera vez estar siendo víctima del

miedo. Empezó diciéndole que el instituto necesitaba un mediador de conflictos, que el psicólogo no les servía de gran cosa. César, su mejor amigo y compañero de departamento hacía años, había oído hablar antes de ese cargo, pero no sabía mucho al respecto. Lo que sí vio claro desde el principio es que Ángel estaba preocupado, cada vez más nervioso a medida que iba desplegando su catálogo de las carencias que, a su juicio, tenían en su profesión para combatir el desencanto general. César lo conocía muy bien, así que fue dejando que hablara y se desahogase, le pidió otra cerveza, y lo escuchó atentamente. «Algunos están deseando delinquir, hacer daño, hacernos pagar su falta de confianza en su futuro...». Cruzar los largos pasillos del instituto en el cambio de clases o para iniciar la media hora de recreo era una aventura ensordecedora. Veía a los pequeños de los primeros cursos, algunos demasiado pequeños al lado del resto, con su arrinconamiento y sus caras asustadas; a las chicas, cuya sexualidad florecía y se exhibía sin demasiado recato tras camisetas muy cortas y ceñidas y falditas por debajo del inicio de las bragas. Había, como siempre hubo, corrillos de chicos y chicas, y algún solitario que se apartaba buscando la invisibilidad. Y algunos de esos corrillos, en los últimos tiempos, habían cambiado sus nacionalidades de origen, sus razas y sus actitudes sociales. Ahora había grupos de musulmanes, de orientales y de sudamericanos, que no solían mezclarse, y desperdigados entre aquel pequeño universo, rumanos, ucranianos, rusos y de otros países del este de Europa. Ángel avanzaba por el

pasillo escuchando todo tipo de improperios que se lanzaban entre ellos, alguna bromita que pretendía provocarlo a él y sobre todo chillidos enarbolando insultos de toda clase.

Nueva aula, nueva clase, nuevo grupo y la misma historia: diez minutos de incordio, impertinencias, bolas de papel de plata volando de lado a lado y su planta de celador de prisiones reclamando atención.

Por lo demás, como otras veces, Ángel le hizo un repaso de factores con los que estaban absolutamente de acuerdo. Que el director no cogía el toro por los cuernos y miraba para otro lado cuando algún profesor le contaba lo que pasaba en algunas clases; que Esmeralda, la psicopedagoga, no podía atender a todos los casos, sin contar que muchos chicos se negaban y, lo que era peor, algunos padres no aceptaban que sus hijos necesitaban ayuda psicológica; que el centro tenía tantas carencias materiales que apenas podían plantearse hacer ciertas actividades en condiciones óptimas, algunas tan simples como ver una película sin que la mal llamada sala de audiovisuales —ahora que las pizarras digitales empezaban a tomar las aulas— estuviera solicitada por tres profesores al mismo tiempo; que los mismos colegas, imbuidos de un individualismo protector, llegaran al centro, intentaran dar sus clases, terminaran, marcharan a toda prisa, no aportaran ideas en los claustros; que algunos cogieran cuantas más bajas mejor y se convirtieran en unos desconocidos. Con los sustitutos aún resultaba razonable, porque al fin y al cabo no iban a estar mucho tiempo y la

mayoría no se implicaba en la mejora del centro, pero con los colegas veteranos era distinto. A Ángel le costaba sobrellevar el cambio en algunos de ellos. Gente como Maribel, la profesora de Ciencias, que siempre estaba proponiendo salidas para conocer lugares de valor educativo y traía sus pedruscos y sus bichos para que todo el mundo pudiera verlos, sobre todo los alumnos; o como Mariano, el de Mates, que traía juegos matemáticos ante el escepticismo de la mayoría en la sala de profesores, pero que finalmente conseguía engancharlos a todos y divertirlos; como Lola, la de Literatura, que siempre les recomendaba lecturas extraordinarias y ahora aparecía y desaparecía con la velocidad del rayo; como Margarita, la catedrática de Griego, a la que tanto le gustaba el teatro y que no solo les servía de cartelera crítica, sino que tiempo atrás había montado exitosas obras de final de curso con la participación de alumnos e incluso algún profesor. A Margarita, que se le había ido ajando la sonrisa de antaño, se le iluminaban los ojos cuando recordaba al exalumno Gabriel Mendoza, quien ya había participado en dos películas de éxito. Empezaba a ser la retahíla de siempre pero César, que conocía muy bien a Ángel, de repente, cogiéndolo desprevenido le preguntó:

—¿Es que te ha pasado algo que no sepa?

—No, nada especial...

Como la respuesta no convenció a César, insistió en la pregunta, de otra manera, cambiando la estrategia, solo él sabía sonsacarle a Ángel lo que escondían sus silencios y sus momentos de ausencia en el instituto.

—Tú mismo, al final acabarás contándomelo.
—Es que no hay mucho que contar.
—Entonces ¿por qué me dices que haría falta un mediador de conflictos y me cuentas todo lo que me has contado?
—No me ha pasado nada concreto.
—Bueno, pues ¿te pasa algo a ti?
—Es una sensación que no había tenido nunca...
—¿Qué sensación? ¿Que estás hasta las narices de todo? ¿Como yo? ¿Como tantos profes?
—No, es algo peor, más complejo, es una sensación de miedo.
—¿Miedo? ¿Miedo de qué?
—A entrar en clase, por culpa de los alumnos de siempre.
—¿Quieres decir que tienes miedo de algún alumno?
—Más o menos. Me da un poco de vergüenza decirte esto, lo hago porque eres tú.
—A la porra la vergüenza, somos amigos hace muchos años, será peor tener miedo y no poder desahogarte, ¿no?
—Claro.
—¿Y de qué o de quién tienes miedo?
—El otro día estaba dando las notas del último examen de la evaluación, bueno, daba el examen uno a uno, las notas ya no las canto en público como antes, ya sabes que muchos no quieren que se sepan, una tontería porque al final da lo mismo. Hasta en eso hemos claudicado. Cuando se terminó la hora, Simón, que ahora se ha emperrado en que lo llamen en inglés, o sea Saimon,

que dice que *mola* más, vino hasta mi mesa mientras iba vaciándose el aula, quería hablar conmigo un momento pero venía con su actitud de siempre. Mirándote alzando la barbilla, con las manos en los bolsillos de atrás o gesticulando como un rapero. Me dijo que estaba hasta los cojones de mí, a lo que de entrada ni siquiera le repliqué; que por qué le había puesto un tres... Yo le dije que no lo suspendía porque yo quisiera y que todo dependía de él, y que solo le pedía que hiciera un pequeño esfuerzo, y que si esto, y que si lo otro, lo de siempre, ya sabes... Entonces me levanté de la silla y él no se apartó, al contrario, se me acercó un palmo como amenazándome. Le pregunté si quería algo más. «Sí», me dijo, «aún no he acabado contigo». Noté su aliento a tabaco. «Yo no hago nada aquí, estoy hasta los huevos de la mierda del insti, tengo mucho que hacer ahí fuera». Yo, en un tono conciliador, le dije que lo sabía, que no dependía de mí, que si por mí fuera, lo dejaría marchar, pero que la ley le obligaba a terminar cuarto curso. Lo que no debí preguntarle quizás es que por qué entonces se tomaba tan mal el suspenso, sabes que todo se lo toman a la defensiva... Empezó a alzar la voz y a acercarse aún más, casi escupiéndome, y me dijo: «¿Me estás vacilando, profe? ¿Tú me vas a vacilar a mí?». César, te juro que me acojoné de verdad. Hice todo lo que pude para calmarlo. Le dije que esa no era mi intención, que quería decirle que si de verdad quería acabar la secundaria de una vez, no se preocupara por un suspenso. Entonces vi a Mariano en el pasillo frente a la puerta. Se quedó parado, sin querer entrar. Debió suponer que pasaba

algo, pero yo hubiera agradecido que entrara para darme una coartada y se quedó allí, no fue capaz de echarme una mano.

—Quizás creyó que era mejor no interrumpir. Solo tú sabías cómo te estaba hablando Saimon...

—Pero ¿qué dices? ¡Lo tenía a un palmo de mi cara, prácticamente acosándome! Y el aula ya estaba vacía, solo quedábamos Saimon y yo.

—Bueno, cálmate. ¿Y cómo acabó la conversación?

—Le dije que ya estaba bien, que había quedado todo claro, que Mariano tenía que entrar para dar Mates. Y a esa altura de la escena ya había alumnos frente al aula, con Mariano, que seguía esperando a que yo saliera. Entonces, antes de poder esquivarlo, puso su frente contra la mía y no pude evitarlo, me empujó con un golpe seco contra la pizarra y me dijo: «Tranqui, ya nos veremos tú y yo por la calle». Somos unos cobardes, me avergüenzo de mí mismo. Estaba tan acojonado que todavía fui tan imbécil de pedirle que no se lo tomara así, era casi como una súplica, como quien pide clemencia. Que no se lo tomara así... Seré idiota, el tío me estaba insultando y amenazando y yo todavía le pido que lo olvide todo. Pero cuando se daba la vuelta a mi súplica disfrazada de buen rollo él ya me había contestado con una de sus coletillas favoritas: «Que te pires, *pringao*».

César calló unos instantes sin saber qué decir, con cara circunspecta, valorando una respuesta que fue tan pobre y obligada por el guion como un:

—¿Y, después, qué ha pasado?

—Hace una semana que no viene a clase aunque se le ha visto por ahí, merodeando por el edificio... y como tutor no he tenido más remedio que enviarle una nota a sus padres.

—Bien, has hecho lo que debías, ¿no?

—Sí, supongo.

—¿Entonces? ¿Por qué no lo olvidas ya?

—Porque ahora, no puedo remediarlo, el miedo me acompaña fuera del instituto. Me han desinflado las ruedas del coche ya dos veces, voy por la calle y temo encontrármelo y que me increpe...

18

—Vamos a ver, Ángel, todos tenemos alumnos así, no es una novedad; los que no quieren estudiar tienen comportamientos parecidos, deberías restarle trascendencia al tema, o lo que quizás sea peor, acostumbrarte y pasar de ellos...

—Pasar de ellos..., eso no dignifica nuestra profesión.

—De acuerdo, llámalo sobrevivir, y ocúpate de los que quieren aprender.

—Sí, supongo que es así de fácil, pero me cuesta...

En esos momentos sonó el móvil de César, era su mujer, Olga, que lo llamaba para recordarle que tenían que ir a comprar juntos. César se despidió de Ángel dándole ánimos e invitándole a seguir la conversación en los próximos días. Al salir del Truman pensó que lo peor del miedo no era ser consciente de él, eso ya era un punto de partida para superarlo, sino que los alumnos lo vieran en tu mirada, porque ellos, en su rebeldía innata, siempre eran más fuertes que uno mismo, más

fuertes y más indefensos al mismo tiempo. Algo difícil de explicar.

Y Ángel se quedó allí solo, y mientras hojeaba un periódico del día anterior, pensaba en tirar la toalla pasando de todo, pero no sabía cómo se hacía eso. Pensaba en resignarse, o aún peor, pensaba en sí mismo como si fuera el personaje de una película que quiere acabar con todo, como un suicida que piensa: será un momento, perder la mirada en el brillo metálico y simétrico de dos raíles y dejarse caer al pasar el tren...

Pero todo eso equivalía a aceptar una derrota, a descartar la posibilidad, aunque pareciera remota, de una solución a su angustia.

Saimon

20 César, sin embargo, había conseguido sobrevivir al desánimo general. A costa de arrinconar las ilusiones, pero no aún la utopía de concienciar a algún alumno del valor del estudio y del esfuerzo para convertirse en adulto con capacidad crítica, y ser dueño de sí mismo. A veces, tenía esa ilusión cuando algún chaval venía a contarle que había leído un periódico y había tomado una posición sobre cualquier tema de actualidad. Pero pronto se desvanecía esa ilusión hasta convertirse en espejismo cuando el mismo chaval afirmaba estar esperando la mayoría de edad para hacer lo posible por entrar en la casa de Gran Hermano. El argumento era de una simplicidad aplastante, se haría famoso en cuatro días, ganaría una pasta gansa en los programas de la tele y a vivir... Otras veces creía adivinar más interés por el estudio en algún otro alumno que se apartaba del conjunto, pero la mayoría de las veces ese aislamiento no era más que un mecanismo de defensa ante un entorno al que temía. Uno de estos alumnos le dijo una vez que no entendía su trabajo de profesor, no valía la pena esforzarse en enseñar lo que a nadie le

importaba un bledo. César intentó hacerle ver su error y todo lo más que consiguió fue que reconociera que algunos, «muy pocos, los pelotas, los *empanaos* o las *niñatas*», dijo el chico en una rápida catalogación, «se interesarán por aprender. Hasta Bart Simpson lo dice, profe, *no way man*», apostilló el joven. No hay salida, no hay solución, no hay camino posible..., cualquier traducción era igual de trágica.

A Ángel las conversaciones con su compañero César le resultaban balsámicas, le servían para reflexionar y levantar sus ánimos.

21

Coincidiendo con ese renovado sentido de la responsabilidad para afrontar sus obligaciones, Matías, el jefe de estudios, lo abordó a la mañana siguiente para sugerirle que actuara en el caso de Saimon. No podía ser que llevara toda una semana sin aparecer por el instituto. ¿Había llamado ya a los padres para hablar con ellos? ¿Sabía algo del chico? ¿Los motivos de la ausencia? Y mintió en todo menos en una cosa. Dijo haber llamado a su casa varias veces y negó saber por qué no había venido los últimos días. Lo que sí era cierto es que había enviado una nota a sus padres a través de Saimon pero aún no tenía respuesta, así que lo más probable es que la nota no llegara a su destino. Dijo también que había pensado hablar con Camilo, el mejor amigo de Saimon, para ver qué podía averiguar. Entonces, al terminar la clase con el grupo de cuarto C, Ángel le pidió a Camilo que se quedara un rato para hablar con él. Aceptó a regañadientes, porque

empezaba la hora del recreo, pero Ángel le dijo que podía ir comiéndose el bocadillo y lo invitó a una coca-cola.

—¿Sabes algo de Saimon y por qué hace días que no viene?

—Lo veo en la calle, profe, como siempre...

—¿Pero te ha dicho si va a venir mañana?

—Y yo qué sé... Él vacila de que pasa de venir, pasa del insti.

—Ya, pero no puede tirarse el resto del curso así...

22

—Y a mí qué me dices, habla con sus padres.

Por una vez, Ángel se sentía avergonzado ante la parada de que un alumno le dijera lo que tenía que hacer y aún no había hecho, aunque el chico añadió algo:

—Total, a su padre le da lo mismo...

—¿Cómo que le da lo mismo? No puede ser. Sus padres querrán que esté aquí y no por ahí callejeando.

—Se supone. ¿Has terminado ya, profe...? Yo no tengo nada que hacer en esto, se va a terminar la media hora del recreo...

—Sí que puedes hacer algo por mí, y sobre todo por él. Dile cuando lo veas que si viene mañana no hará falta llamar a sus padres. Digamos que quedará entre nosotros por esta vez. Por favor.

—Vale, profe, pero ya lo conoces; además, eso de por esta vez... Saimon no funciona con amenazas, tú mismo...

Otra vez, Ángel sentía haber metido la pata.

—Bueno, Camilo, es una forma de hablar. Tú pídele por favor que vuelva y hablemos. ¿Cuento contigo?

—Ok, pero me subiré la nota, ¿no? Es una broma, profe. Y gracias por la Coca-Cola. La próxima, un cubata.

Ángel salió del aula y se fue a la sala de profesores a tomar su café matinal. Apenas había tres o cuatro colegas. A la mayoría de ellos, como a los alumnos, el recreo les servía de tregua y de pequeña evasión de media hora, por lo que muchos, y él también, salían a desayunar fuera del centro a algunos de los bares que sobrevivían gracias al instituto. Ahora ya no quedaba más que un cuarto de hora después de su conversación con Camilo, así que decidió matar esos quince minutos tomando el café en el instituto. Lola leía uno de sus libros de ensayo literario, Maribel comía su bocadillo vegetal hojeando el diario y Antonio se paseaba por diferentes webs de lo suyo, el deporte. A Antonio, el profesor de Educación Física, su corpulencia y el estar tan en forma le ayudaban a sobrellevar mejor la indisciplina. Lo malo es que se jactaba de ello y aún no se había dado cuenta de que su físico no era ningún crédito de por vida, como comprobaría más tarde. «Cuando alguno se me pone chulo, me acerco, lo miro a dos dedos de su nariz y le digo: o colaboras o te pongo a hacer flexiones hasta que te cagues». Algún colega le reía la gracia, bien por envidia o por ignorancia, pero otros, como César, pensaban que no era la mejor manera de enfrentarse a un alumno.

Apenas acababa de sonar con estrépito carcelario el timbre que anunciaba el tránsito del recreo a una nueva clase, cuando vino un estruendo mayor de golpes, gritos y de una multitud curiosa a llenar el vestíbulo principal.

Ángel y sus colegas salieron de la sala de profesores para ver qué ocurría. Lo que vieron fue cómo Susana, una alumna de segundo curso, entraba dándole patadas a los bancos, a las papeleras, descolgando una de la pared, arrancando papeles de los tablones y gritando que la dejaran en paz, que estaba harta de ser la oveja negra, decía. Tras ella venían Esteban, el profesor de Biología a quien le había tocado cubrir la guardia del recreo, sendos corrillos de alumnos que por su disposición parecían defender unos y censurar otros lo que debía de haber hecho Susana, y detrás de todos ellos, otra alumna, Vanessa, que solía estar en medio de muchos de los fregados que tenían como tema único los complejos físicos, la apariencia, la vestimenta y los juegos amorosos con los chicos. Al parecer, por la actitud seria, de resentida y perdonavidas de Vanessa, el problema había sido entre Susana y ella. Finalmente, Esteban consiguió calmar, casi reducir a Susana y otros profesores lograron dispersar el animado y curioso tumulto de alumnos que jaleaban la escena, no por cotidiana, menos penosa. Matías salió de su despacho cuando ya había menguado el follón y, tras hablar brevemente con Esteban, entraron de nuevo en su despacho junto con Susana y Vanessa.

Ángel se fue a dar su siguiente clase con los de segundo de bachillerato, lo que era una suerte y un pequeño paréntesis en medio de la crispación habitual. Sencillamente porque entre los alumnos de bachillerato había una media respetable de chicos interesados en aprender, a las puertas de salir a enfrentarse al mundo como estaban. Y eso siempre reconfortaba a cualquier profesor.

No pudo resistir la tentación de preguntar a los alumnos, al iniciar la clase, si alguien sabía qué había ocurrido con Susana y Vanessa. Respondió Álex, uno de sus alumnos más listos.

—Lo de siempre, Ángel: tú eres gorda y fea. No, tú lo eres más... Están en la edad del pavo.

—Bueno, perdonad. Vamos a lo nuestro. Ayer estábamos en el análisis de los cambios económicos y sociales que empezaron a experimentarse a principios del siglo diecinueve...

25

Al mediodía, comiendo con algunos colegas, como su amigo César, Luis, Maribel, que era la tutora de Susana, Esteban y Mariano, Ángel pensó que su alumno Álex tenía razón. Ahora que sabía lo que había pasado, sabía que, efectivamente, era lo de siempre: la agresividad como respuesta a la insatisfacción de dos adolescentes, muy alejadas del prototipo de belleza que dictaba la sociedad. Menudo diagnóstico. Sus colegas, y él, tenían que reconocerlo, a menudo decían y creían tener muy claro dónde estaban los males de sus alumnos. El problema es que se sentían tristemente incapacitados para darles una solución. Al final siempre acababan en profundas divagaciones sin salida y una feroz crítica al sistema, o en soluciones utópicas que nadie se atrevía a liderar.

Susana era una chica de catorce años poco agraciada y con una peligrosa tendencia a engordar, y Vanessa casi igualaba ese perfil, con la diferencia de que el nivel económico de su familia, ligeramente superior, le permitía

vestir mejor y pagarse alimentos de régimen, aunque además, y en honor a la verdad, había que decir que era algo más guapa. Pero, por encima de todo esto, la mezcla explosiva la completaba el hecho de que Susana era impulsiva y violenta y Vanessa era más sutil y calculadora. La primera odiaba y envidiaba a la segunda, que a su vez veía en la primera al prototipo físico al que jamás quería llegar a parecerse. Un conflicto nada original que algunos compañeros de ambas se encargaban de avivar. La crueldad de la adolescencia. Y como bien había dicho Álex, empezaron con sus piques habituales hasta acabar en bronca. El problema era que Susana había atentado contra el mobiliario y la convivencia del instituto y eso le iba a costar una nueva falta, acercándose peligrosamente a la amenaza de una nueva expulsión temporal, además de una nota a sus padres.

Maribel dijo que ya había hablado muchas veces con Susana pero que se sentía impotente. No había manera de calmarla y hacerla entrar en razón, que se interesase por otras cosas. Decía que se acostaba demasiado tarde, que no se concentraba en nada, que era un lastre en sus clases, para acabar con la pena. «Es que me da tanta pena esa chica», era su comentario final, como si la compasión la eximiera a ella y a otros profesores de ser capaces de hacer algo más por sus alumnos. Pero lo más dramático para Susana y su familia, y también para Maribel y todos los profesores, era el contenido y el tono de una carta que la madre de la chica le envió a ella como tutora después de la primera expulsión. En dicha carta, quedaba claro

un objetivo desesperado: la madre, una humilde asistente de hogar, confesaba haber sido superada por la situación y hablaba de la educación de su hija como una carga y suplicaba que la aguantasen en el instituto, que ella no podía hacerlo sola. Afirmaba que si el instituto le daba la espalda, su hija iba a estar perdida. El tono de la carta era dramático y representaba un ejemplo de lo que debía ocurrir con otras familias. Su lectura en privado con algunos colegas, como César y Ángel, causó impresión, aunque también estaba en manos de Esmeralda, la psicopedagoga del instituto, que se quejaba siempre, con razón, de no dar abasto con la cantidad de casos de indisciplina, falta de atención y adaptaciones curriculares como tenía que atender.

27

En los postres coincidieron en que si el clima no mejoraba antes de acabar el primer trimestre, qué iba a ser en plena primavera, y si el equipo docente no tomaba medidas, no les iba a extrañar que se convocara un consejo escolar extraordinario antes de la primera evaluación.

Un día, de repente, llegó un nuevo alumno, negro como el tizón, procedente de Senegal. Hubo que colocarlo en una de esas aulas de acogida para recién llegados que no tenían idea del idioma. Al principio fue víctima de las típicas bromas insultantes de algunos, acompañadas de sonidos guturales que pretendían imitar los chillidos de los monos y cosas así. Poco a poco fue adoptado por los cuatro subsaharianos que ya había en el centro, y cuando empezó a hacerse entender tímidamente, lo primero que

César recordaba que dijo fue algo así como: «Yo, negrito bueno, yo no malo, solo quiere trabajar para comer». Palabras que eran más bien una súplica y una declaración vital de intenciones, que recordaban las necesidades de los inmigrantes españoles de la posguerra. Palabras que seguramente habían sido inculcadas por su familia antes que aprendidas en el instituto, porque a Nguema poco le importaban el teorema de Pitágoras, las funciones del lenguaje o la toma de la Bastilla. A Nguema solo le importaba sobrevivir en un mundo bárbaro.

Dos días más tarde Ángel aún no tenía noticias de Saimon y su alumno Camilo tampoco le pudo dar su recado, así que actuó siguiendo el protocolo correspondiente en un tutor: llamar por teléfono, mandar un SMS o un correo electrónico a sus padres comunicando la ausencia continuada de su hijo. Se pasó la mañana intentándolo entre clase y clase, en el recreo, hasta que llegando el mediodía consiguió hablar con la madre. Le preguntó si sabía que su hijo llevaba una semana faltando a clase. La madre contestó que no, y el resto fue una retahíla de quejas dichas en voz alta sin dejar hablar a Ángel. Que iba a acabar con ella, que no podía más, que su hijo decía que él lo que quería era trabajar, pero que cuando su padre le proponía ir a ayudarlo por las tardes siempre buscaba excusas para escaquearse, que no podía decírselo a su padre o le daría otra paliza —comentario que Ángel seleccionó en su mente como significativo— y que ya no sabía qué hacer con él. Que su hijo no era malo, solo que tenía *muy*

mala cabeza... Ángel, al final del monólogo desesperado, le sugirió, temiendo por la integridad de su alumno, pero disimulando también su temor cobarde frente a su reacción, que hablara ella sola con el chico antes de decirle nada al padre, y le dijera que tenía ganas de verlo y hablar con él, como amigos. La mujer, atolondrada, le contestó que bueno, que ya vería. Pero esa tarde Ángel se encontró, o mejor dicho, fue encontrado por Saimon en el pueblo.

Ángel salía de la librería Folio, una de las pocas que había en el pueblo, a la que había ido a buscar un mapa mudo para utilizar al día siguiente en clase. En la puerta se encontró con la sorpresa. Saimon lo estaba esperando apoyado sobre el respaldo de un banco. Con los brazos estirados a ambos lados en una pose chulesca. Su estética era la habitual entre los chicos de su edad: camiseta, camisa por encima con el cuello alzado y las mangas y la pechera sin abotonar, pantalones tejanos grandotes y caídos y las deportivas multicolores también sin acordonar. Siempre llevaba el pelo en punta conducido por la inseparable gomina, su *piercing* en el labio inferior y un iPod en el bolsillo del pantalón conectado a unos auriculares pequeños que se perdían en sus oídos. Saimon tenía los ojos de color miel claro y una mirada penetrante y habitualmente ceñuda, como si siempre estuviera de mal humor y con la que en esos momentos, con un tono desafiante, lo invitaba a tomar una caña. «¿No quería hablar con él “como amigos”? Pues él, con los amigos tomaba cañas», dijo irónico. Ángel dedujo sorprendido que debían de haberlo seguido desde la salida del instituto pues, a

pocos metros, dos jóvenes aparentemente mayores que Saimon escuchaban la conversación desde un coche aparcado delante con las ventanillas bajadas. Cuando iniciaron el camino hasta un pequeño bar, oyó cómo uno de sus amigos decía desde el coche entre risitas: «Dele, dele fuerte, profe, que está *empanao*». A Ángel la invitación le resultó una grata sorpresa, aunque hacía esfuerzos por disimular su nerviosismo. Lo primero que le preguntó fue si había hablado con su madre. «Eso es lo que tú querías, ¿no?», respondió Saimon. El bar era uno de esos de barrio al que los trabajadores van a jugar a cartas y dominó mientras se hinchan a botellines de cerveza y discuten acaloradamente sobre fútbol. Se sentaron en una mesa y pidieron dos cervezas.

—Y bien, tú dirás...

—¿Yo? Eso tú, que eres el que vas de poli llamando a mis padres...

—Saimon, yo solo he cumplido con mi obligación, soy tu tutor y no puede ser que te pases una semana sin venir a clase sin justificación.

—Pues si mi padre se entera me cae una gorda, ¿sabes?

—No tiene por qué. Además, le sugerí a tu madre que hablara ella primero contigo. Ahora déjate de eso y prométeme que volverás al insti, yo ya he olvidado lo del otro día.

—Yo no te prometo nada, iré si quiero, total, para qué...

—Pues para cumplir con tu obligación y al menos llenar el tiempo con algo que te aporta cosas positivas.

—¿Cosas positivas?

—Sí, aprender, mejorar, salir del instituto el año que viene con una preparación...

—Qué plastas que sois los profes, colega, con la preparación. ¿Para qué? ¿Pero es que me ves en la universidad? No me jodas...

—No, claro, si no haces bachillerato no puedes ir, ni falta que te hace. Puedes hacer otras muchas cosas, pero, sobre todo, tener unos conocimientos mínimos para que nadie te engañe cuando vayas a buscarte la vida.

—¿Engañarme? Tú no me conoces, a mí no me engaña nadie, ¿vale? ¿Me tomas por idiota o qué? Ya sé suficiente para buscarme la vida yo...

—De acuerdo, nadie dice que no seas muy listo, pero precisamente por eso, ¿sabes que para cualquier trabajo te van a pedir un certificado de estudios?

—O no, o qué más da, de todos modos me lo darán, a otros peores que yo se lo dieron al terminar cuarto. —En eso el chico tenía razón.

—Puede ser, ¿pero no sería mejor que consiguieras el graduado? Eso te abriría más puertas, ¿no crees?

—Sí, claro, suspendiendo todas menos las marías... como tú, que me cateaste en primero, el año pasado y seguirás cateándome todo lo que te dé la gana.

Saimon se terminó la primera caña y pidió otra. Se le notaba con ganas de llegar a alguna parte al tiempo que el alcohol lo iba envalentonando.

—¿Otra caña? ¿No es demasiado alcohol para tu edad?

Saimon se rio a carcajadas.

—¿Demasiado alcohol? No tienes ni puta idea... Además, ya tengo casi dieciséis años...

—Bueno, tú sabrás, era un consejo, tampoco me puedo meter en lo que haces en tu tiempo libre... Decías que volveré a catearte, ¿no?

—Pues claro...

—Si lo hago no es porque quiera. Los que hacen un esfuerzo por aprobar merecen un respeto, si te aprobara porque sí, ¿qué dirían los demás?

32

—Exacto, como hacen algunos profes con alguno que no da ni golpe...

Ángel pensó que eso podía haber ocurrido alguna vez, pero no podía reconocerlo, así que cambió la estrategia.

—Pues para no importarte nada si te aprobamos o no, le das muchas vueltas, ¿no?

—Si me importa es por mi padre, que luego me da la bulla y me jode con sus sermones y sus castigos, no me da un duro y tengo que buscarme la vida.

—¿Buscarte la vida? ¿Haces algún trabajo esporádico?

—Sí, claro...

Aunque la respuesta le resultó ambigua y vio que Saimon no quería dar más detalles, Ángel no quiso entrar en el tema y en cambio quiso ir concluyendo la conversación.

—Bueno, mañana ven al instituto antes de que el equipo directivo intervenga y compórtate, solo te pido eso. Haz lo que puedas en las clases, en tus trabajos y por mi parte te echaré una mano... ¿Te parece?

Entonces, Saimon reaccionó con una respuesta agresiva, como si no pudiera aceptar pacto alguno, como si lo que le decía su tutor le sonara a chantaje, como si no estuviera acostumbrado a que nadie le diera un voto de confianza. Apretando los dientes, incorporándose y cogiendo los cantos de la mesa con ambas manos, sentenció:

—Iré al insti cuando me dé la gana, yo no voy a cambiar porque ni tú ni nadie me va a solucionar la vida, y cuando vaya, no me vengas con chulerías y menos en público. Así que si quieres que tengamos la fiesta en paz, déjame tranquilo y no me toques los cojones. Ah, y paga las cañas, que tú sí que tienes pasta.

Ángel apenas hizo un gesto, mezcla de aprobación y resignación, sin decir nada más, al tiempo que veía cómo Saimon se levantaba de la silla y salía del bar. Lo miró cruzar la calle, con un caminar enérgico, desenvuelto, el de alguien que sabe lo que quiere en la vida y temió no volver a tener otra oportunidad como aquella para conseguir llevar una brizna de razón a la actitud de su alumno.